

BUSCA

Enrique A. Eguiarte OAR.

Todos vamos buscando algo –o a alguien- en la vida. San Agustín vivió la experiencia de ir buscando la sabiduría, la verdad y a fin de cuentas, a Dios. Las diversas páginas de su vida, nos ponen de manifiesto su búsqueda incasable de la sabiduría (Conf. 3, 7), de la verdad y de la felicidad, pues todos los seres humanos las buscamos, pero no encontramos la auténtica felicidad si no la buscamos en Dios, en quien sólo existe la vida feliz (De beata vita 35). Y en este camino de búsqueda, san Agustín se dio cuenta de varias cosas. En primer lugar, de que él buscaba y deseaba encontrarse con Dios, porque él mismo Dios había sido quien le había encontrado primero (Conf. 1, 4) y quien le había tocado, de tal modo que él se sintiera impulsado a buscarlo y a desear encontrarlo. Este es uno de los primeros descubrimientos agustinianos que constituye una de las bases esenciales del cristianismo. No es tanto que el hombre busque a Dios, sino que es Dios quien primero ha buscado y encontrado al hombre, lo ha tocado con las manos de su amor, ha inflamado su corazón con el deseo de buscarle, y sólo en un segundo momento, el hombre se mueve para buscar y desear encontrar a Dios. Así lo expresa san Agustín en su libro de las Confesiones: “Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste e hiciste desaparecer mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti y siento hambre y sed; me tocaste y ardí en tu paz” (Conf. 10, 27, 38).

Un segundo descubrimiento de san Agustín es que Dios no está fuera de él, sino en “lo más íntimo de mi propia intimidad” (Conf. 3, 11). Él reconoce que durante muchos años lo estuvo buscando en el exterior, en las cosas materiales, hasta que por fin se dio cuenta de que él estaba en su interior, y que desde el interior le llamaba a buscarlo a hacer una experiencia de búsqueda profunda, a través de la oración y del encuentro en la intimidad del corazón. Así dice: “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba (...) Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.” (Conf 10, 27, 38).

Por eso san Agustín ha dejado para todos los buscadores sinceros de Dios, otra máxima: “No quieras salir fuera, entra en tu interior, pues en el interior del hombre habita la verdad” (De Vera religione 72). Ahí está la verdad del hombre y ahí está una de las metas de la búsqueda del hombre. San Agustín después de buscar por muchos años a Dios en el exterior, sabe que debe, como el hijo pródigo, volver a su interior, para en su interior buscar y descubrir a Dios. No obstante este encuentro en el interior se vuelve un acicate para seguir buscando y descubriendo a Dios en el encuentro con los hermanos (S. Dolb 11, 11), en los acontecimientos del mundo, en los que Dios manifiesta su voluntad (Civ. Dei 1, 36), en la Palabra de Dios, a través de la cual Dios nos habla y nos descubre su misterio (En.in.ps. 64, 2), y en sus sacramentos que son ocasiones de gracia, de búsqueda y encuentro eficaz con Dios (Ep. 140, 48).

No obstante san Agustín no es de esos buscadores que se ponen en camino para nunca encontrar, para hacer de la búsqueda en sí misma la razón de la vida, para creer que es sabio el que busca por buscar (C. Acad. 1, 14). San Agustín buscaba porque, como hemos dicho, sabía que Dios lo había buscado, encontrado y amado antes. Por ello san Agustín deseaba encontrar, pero hacer de ese encuentro con la realidad amada, con Dios, hacer de ello no un punto final, sino un nuevo punto de inicio, pues el misterio de Dios es tan profundo que nunca dejaremos de descubrir nuevas dimensiones y realidades en Dios, por ello dice san Agustín: “Busco para encontrar y encuentro para seguir buscando más ávidamente” (De Trin. 15, 2).

Y este deseo de buscar a Dios se encuentra inserto dentro del corazón del hombre, pues forma parte de su constitución esencial. Así ha querido y creado Dios al hombre: para que le busque. Quien no busca y no encuentra a Dios, no puede alcanzar la felicidad e irá pasando de una realidad a otra, sin encontrar nunca la plenitud de la vida, pues la plenitud del hombre es el poder llegar a encontrarse con Dios, y encontrar en él la actualización de todas sus potencialidades y su propia felicidad. Así lo expresó san Agustín al comienzo de su obra maestra, el libro de las Confesiones: "Nos hiciste Señor para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (Conf. 1, 1). El corazón inquieto de san Agustín descansó en Dios, ojalá que nuestros corazones inquietos y enamorados de Dios lo busquen, lo encuentren y se dejen transformar por ese Dios, buscador del hombre.